



Antropología encarnada. Antropología desde una misma

Mari Luz Esteban

Profesora en el Departamento de An-
tropología Social y Filosofía de los Valo-
res, Universidad del País Vasco

E-mail: yvpesgam@sc.ehu.es

Papeles del CEIC
ISSN: 1695-6494



12
junio 2004

Resumen	Abstract
Antropología encarnada. Antropología desde una misma	Incarnated Anthropology. Anthropology from within
<p>En este artículo se presenta el itinerario corporal de la autora del mismo, lo que podríamos denominar una auto-biografía corporal, con el objetivo de hacer consciente y explícita la interconexión entre experiencia corporal propia y proceso de investigación en torno al cuerpo. Se propone esto como un ejercicio antropológico muy concreto, caracterizado como de antropología encarnada, mediante el cual se pretende reivindicar una doble dimensión en el análisis: (a) la del nivel auto-etnográfico, es decir, la pertinencia de partir de una misma para entender a los/as otros/as y viceversa, sobre todo cuando se han tenido experiencias similares; (b) el análisis desde el concepto de <i>embodiment</i>, de encarnación conflictual, interactiva y resistente de los ideales sociales y culturales, un concepto que integra muy bien la tensión entre el cuerpo individual, social y político. Asimismo se defiende una visión no victimista y comprometida de los procesos individuales que tenga muy en cuenta su articulación con los contextos en los que se producen.</p>	<p>This article offers the corporal self-itinerary of the author, a sort of 'corporal autobiography' aimed to make explicit the interconnection between corporal self-experience and the research process. It is proposed as a very specific anthropological exercise, an incarnated Anthropology, by means of which two analytical dimensions are claimed: (a) the auto-ethnographic dimension, that is, the pertinence of self-experience in order to understand the others and vice versa, particularly when similar experiences have been felt; (b) an analytical approach from the concept of <i>embodiment</i>: conflictual incarnation, interactive and resistant to the social and cultural ideals, a concept that perfectly integrates the tension between the individual, the social and the political body. It is also claimed a non victimist and involved vision of the individual processes and articulated to the contexts where these processes take place.</p>
<p>Palabras clave itinerario corporal, auto-biografía corporal, antropología encarnada, <i>embodiment</i>, cuerpo</p>	<p>Key words Corporal itinerary, corporal auto biography, incarnated anthropology, <i>embodiment</i>, body</p>

Índice

1	Una antropóloga enfrentada a su autoanálisis	4
2	Algunas conclusiones a partir de mí misma	10
3	Autoetnografía y antropología de la medicina	16
4	Bibliografía	19

Llevo doce años haciendo investigación en torno a la salud y el cuerpo desde una mirada feminista; en los ocho últimos he estado más centrada en el tema de la imagen corporal. Una de las claves definitorias de esta trayectoria ha sido la articulación estrecha entre los temas, orientaciones y preguntas que han ido guiando



mis estudios, con mis propias circunstancias y experiencia de vida, algo de lo que he sido consciente durante todo este tiempo¹. No es que en mi caso ambos procesos, el vital y el investigador, hayan sido siempre concordantes, sino que uno y otro han tenido una intercomunicación importante, y que poder entender las zonas más oscuras de mi propia experiencia sexual, corporal, emocional e intelectual ha sido algo implícito en la consecución de los fines de la investigación. Nunca he manifestado por escrito estas vinculaciones entre vida y proceso de investigación: sólo y de manera bastante puntual en algunas presentaciones orales de mi trabajo, y siempre teniendo en cuenta el público que me escuchaba. Distintas razones han influido en mi silencio, como el pudor de hablar de mí misma, de desnudarme delante de una audiencia, o el riesgo de que no fuera bien interpretado y/o admitido. Más teniendo en cuenta que era una antropóloga novata, procedente de otro campo profesional y que me dedicaba a temas de investigación situados de alguna manera en la periferia de la antropología.

Pero si la articulación entre vida y antropología ha sido una característica general a toda mi investigación, lo es de una manera mucho más contundente en relación al campo de la imagen corporal, como intentaré dejar patente a lo largo de esta exposición. La influencia de lo vivido sobre lo escrito es tan importante que creo que ha llegado ya el momento de explicitarlo y de contribuir a un debate minoritario pero necesario en la disciplina. Así pues, el principal objetivo de esta comunicación es hacer una reflexión sobre mi trabajo de investigación en el tema de la imagen corporal, mostrando las interacciones con mi propia experiencia. Además, al final de la misma, haré referencia a las relaciones entre las autoetnografías, sobre todo las que surgen en la antropología de la medicina, y la antropología en casa.

En mi experiencia y en mi identidad corporales se conjugan tres elementos que yo percibo como claves: (a) la influencia directa de la cultura occidental contemporánea sobre el cuerpo; (b) el haber padecido unos síntomas y problemas concretos; y (c) las intersecciones que se dan en mi propia identidad personal, social y profesional, la multiplicidad de yo-es que he encarnado y encarno: mujer, feminista, médica “de mujeres”, y antropóloga, que mantienen una cierta tensión entre ellos, y también una especificidad y convergencia en el campo del cuerpo.

¹ Articulación que, por otra parte, considero que caracteriza el trabajo científico en general, aunque las conexiones entre biografía, investigación y contexto social e histórico no sean siempre lineales.



Comenzando por el feminismo, diré que estaré siempre en deuda con él por haberme permitido comprender que lo corporal no es nunca natural, sino que siempre es construido social y políticamente. Pero sobre todo, por haberme dado la oportunidad de metabolizar la idea de que el cuerpo es un lugar de discriminación pero también de resistencia y de contestación. Paralelamente a lo anterior, mi formación y práctica profesional en una especialidad periférica y alternativa dentro de la medicina, como es la planificación familiar, me posibilitaron hacer una “ruptura cultural” y adquirir una “sensibilidad antropológica”, previamente a entrar en contacto con la antropología como tal, que han influido positivamente en mi trabajo posterior. La dedicación antropológica ha sido más tardía en esta aproximación al tema del cuerpo, pero sin duda alguna un buen colofón a un proceso de autoanálisis que se inició muy previamente, en torno a los 18 años. La antropología ha sido un ingrediente de primer orden en este proceso, puesto que me ha servido para sacar a la luz aspectos de mi vivencia ocultos hasta el momento, y encontrar formas alternativas de abordarlos, y de enfrentarme y comprender también la cultura del cuerpo en la que estamos inmersos. Y el estímulo para validar y legitimar un espacio de análisis propio, alternativo, enfrentado algunas veces a las perspectivas dominantes en mis otros marcos de referencia.

Este hacer consciente y explícita la interconexión entre la experiencia corporal propia y la investigación al que voy a referirme a continuación, lo resumo en el término “antropología encarnada”, mediante el que pretendo reivindicar un ejercicio antropológico que tenga en cuenta la doble dimensión: (a) la de lo “auto” (auto-observación, auto-análisis) (Hernández, 1999), la pertinencia de partir de una misma para entender a los/as otros/as, sobre todo cuando “se ha pasado por las mismas cosas”. (b) Articulado con el análisis desde el concepto de *embodiment*², de corpori-

² El concepto de *embodiment* es central en el estudio actual del cuerpo, aunque sea de uso general a la disciplina sobre todo en el medio anglosajón, y aunque no sea utilizado exactamente en el mismo sentido por todos los autores. Incluso hay autores que prefieren el de *bodilyness*, corporalidad (Csordas, 1994). Con la noción de *embodiment* se quiere superar la idea de que lo social se inscribe en el cuerpo, para hablar de lo corporal como auténtico campo de la cultura (ground of culture), como “proceso material de interacción social” (*ibidem*), subrayándose su dimensión potencial, intencional, intersubjetiva, activa y relacional. El cuerpo como: “Agent in, and as locus of intersection of, both an individual psychological order and a social order, as well as for seeing the body as both a biological being and a conscious, experiencing, acting, interpreting entity (...) The interactive dimension of agency acquires a broader basis when the social actor is understood as an embodied agent” (Lyon y Barbalet, 1994: 55,63).



zación³, conflictual, interactiva y resistente de los ideales sociales y culturales, un concepto que integra muy bien la tensión entre el cuerpo individual, social y político⁴.

1 UNA ANTROPÓLOGA ENFRENTADA A SU AUTOANÁLISIS

En el año 1993 di comienzo a un estudio sobre el tema de la imagen corporal, ubicado básicamente en el Estado Español pero que formó parte de un proyecto europeo⁵. En el mismo he abordado fenómenos con una cierta generalización sobre todo dentro del ámbito europeo, como son: la regulación de la alimentación a través de las dietas, o la exhibición del cuerpo y la profesión de modelo de pasarela y publicidad⁶. Las principales técnicas de investigación han sido: entrevistas a hombres y mujeres con una experiencia significativa en cuanto a su imagen (por trabajo, actividad dominante u orientación sexual); observación participante en contextos muy diversos (consultas médicas de distintas especialidades, centros y eventos relacionados con la moda, asociaciones de mujeres y mixtas, foros feministas...); y también el

Una perspectiva que busca la ruptura de las principales dualidades del pensamiento occidental: mente/cuerpo, sujeto/objeto, objetivo/subjetivo, objetivo/preobjetivo, pasivo/activo, racional/emocional, lenguaje/experiencia; o lo que es más importante, las pone a discusión. Considero que en la noción de *mindful body*, acuñada por Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock (1987) para su propuesta de análisis del cuerpo y la salud, queda muy bien reflejada esta conjunción entre procesos racionales, emocionales y corporales.

³ En castellano, no tenemos un consenso sobre cómo traducir este concepto: algunos/as autores/as están utilizando el término encarnación (García Selgas, 1994; del Valle, 1999); otros/as han preferido el de corporización (Capitán, 1999), en un intento de evitar los contenidos ligados a usos religiosos del término anterior; por último, hay también quien utiliza el término en inglés (Orobitg, 1999). En mi caso, he ido optando por el uso del adjetivo 'encarnado/a', reservando 'corporización' para el sustantivo.

⁴ De cualquier forma, la teoría social actual del cuerpo es absolutamente deudora y heredera del trabajo de Michel Foucault, donde destaca entre otros su concepto de biopoder. Véanse, por ejemplo, Foucault (1987,1992).

⁵ Proyecto que llevó por título: "La Construction des sexualités en Europe du Sud" (1993-1996), en el que intervinieron además de mí representantes de Grecia, Francia y Portugal. Este proyecto fue coordinado por Marie-Elisabeth Handman (Laboratoire d'Anthropologie Sociale-E.H.E.S.S. de Paris) y asesorado por Teresa del Valle (UPV-EHU). Se recibieron subvenciones del Ministère de la Recherche y la A.N.R.S.-Agence Nationale de Recherches sur le Sida, de Francia, y el Programa de Cooperación Franco-Española del Estado Español.

⁶ Las publicaciones más importantes que he realizado hasta el momento son los artículos: "El cuidado de la imagen en los procesos vitales. Creatividad y miedo al descontrol" (1997/98), centrado entre otras cosas en la reflexión sobre las dietas y la regulación del peso; y el titulado "Promoción social y exhibición del cuerpo" (2000), orientado al análisis de la exhibición del cuerpo a partir del caso de la profesión de modelo de pasarela y publicidad.



seguimiento de publicaciones divulgativas de ámbito estatal e internacional referidas a la imagen y la moda.

Sin embargo, mi interés en este tema surge mucho antes, al terminar el bachillerato, cuando mi imagen sufre un empeoramiento radical: de la noche a la mañana gané cerca de 15 kilos de peso y comencé a padecer un hirsutismo que lucha todavía por sobrevivir, aunque ya muy debilitado a base de electrolisis. A partir de estos dos cambios tan significativos, sobrepeso e hirsutismo, se instauraron en mi vida durante muchos años la vergüenza, la culpa, y la rutina de las dietas. Una vergüenza y una culpa mantenidas en secreto y que, por tanto, no tenían el alivio de la confesión⁷.

El hirsutismo o exceso de vello en la cara de una mujer, sobre todo cuando es intenso y se produce en plena juventud, te coloca en una posición muy ambigua y de mucho sufrimiento. Por una parte, evoca culturalmente la imagen de la “mujer barbuda”, exhibida de feria en feria como paradigma del error, del horror, de lo deforme, de lo otro. Simboliza además la indefinición sexual, la desviación, el hermafroditismo, en una edad en la que supuestamente debería primar la construcción rotunda de la identidad social y sexual, sin fisuras; y en una sociedad que no está preparada para aceptar ni gestionar la ambivalencia. Todo ello provoca sentimientos y reacciones negativas aunque también distintas: en ti misma, inseguridad, vergüenza, impotencia, rabia; en los otros: conmiseración, pena, incertidumbre, crueldad a veces. A tu alrededor se genera sobre todo silencio, pero también un cierto aislamiento, y quedas sometida sin derecho a réplica a la mirada del otro que, aunque huidiza, te fija, te encadena, te asfixia⁸. Una reacción general que, por otro lado, no tiene correspondencia con la búsqueda de soluciones. Quiero decir que aunque hoy día existen tratamientos bastante eficaces, mi experiencia propia y profesional me lleva a pensar que las jóvenes con hirsutismo son de alguna manera “abandonadas a su suerte”, en una edad en la que apenas has empezado a tomar decisiones por tu

⁷ En su libro *El crisantemo y la espada*, Ruth Benedict (1974) hace una distinción entre culturas de la culpa (las occidentales) y culturas de la vergüenza (como la japonesa), estableciendo entre otras cosas la diferencia en cuanto a que la confesión sirve en las primeras como una expiación de la misma culpa. Creo que, sin embargo, en algunas experiencias corporales situadas en el margen, vergüenza y culpa, ambas, van estrechamente unidas.

⁸ Marta Allué explica y analiza muy bien en su libro *Perder la piel* (1996) esa experiencia de ser mirada cuando se posee un físico que genera socialmente sentimientos contradictorios.



cuenta. Son abandonadas por su familia, por su entorno social, por los sanitarios incluso, que no dan demasiada importancia a algo situado en un lugar totalmente secundario en el ranking médico. No todo lo que tiene que ver con la imagen tiene la misma consideración social o profesional, sino que los malestares están totalmente jerarquizados, independientemente de la percepción, vivencia o sufrimiento que comporten para quien los padece.

No ocurre lo mismo con el exceso de peso, respecto al cual se produce el fenómeno contrario: el ideal de delgadez pesa tanto que se da una consideración desproporcionada del peligro de los kilos, y la gente es empujada de una manera mecánica a hacer dieta. Una solución que, por cierto, se da incluso en ausencia de sobrepeso, porque lo que hay detrás es la incitación a la disciplina, a la autoregulación, que no es más que una forma sofisticada y eficaz de control social e ideológico característica de nuestra sociedad.

El régimen se convirtió también en parte sustancial de la organización de mi vida, de mi tiempo vital, quedando éste dividido en dos grandes fases que se iban encadenando mediante intervalos de transición: (a) una primera de “éxito personal y social”, donde adelgazaba, me reconciliaba con mi cuerpo, y cuidaba mi apariencia con mucho esmero; (b) otra, en la que el espejo me devolvía una imagen de fracaso, y donde mi objetivo principal era borrar definitivamente el cuerpo, intentando entre otras cosas hacerlo desaparecer entre ropas anchas. En ambas fases era crucial el papel y la valoración de los otros, que pasaba de una manera casi automática del elogio al silencio, o a la recriminación por el “abandono”.

Las alteraciones continuas en el peso desencadenaron en mí compulsividad en la ingesta, con ataques de bulimia, como suele ser habitual en estos casos⁹. Todo ello hizo de mí una persona hosca e introvertida, en una fase de mi vida en la que daba mis primeros y torpes pasos en materia de relaciones amorosas y sexuales, y en la que me preguntaba qué demonios iba a hacer yo con los estudios de medicina y, en definitiva, con mi proyecto profesional. Es también en ese periodo cuando entré en contacto por primera vez con un grupo feminista en el pueblo donde

⁹ Diversos autores están llamando la atención sobre el riesgo de la práctica continuada del régimen, algo que a veces comienza a edades tempranas, sobre todo en las mujeres, por las consecuencias físicas y psicológicas que puede conllevar. De la misma manera, se puede relacionar en muchos casos la aparición de la bulimia con el mismo hecho de hacer dieta. Ver, por ejemplo, Polivy y Thomsen (1992).



vivía y vivo todavía, en un entorno industrial y urbano. Como otros muchos por aquellos tiempos, lo que llamábamos “el grupo de mujeres de Basauri” estaba impulsando la creación de un centro de planificación familiar¹⁰, en el que empecé a trabajar como médica años después, y que fue durante más de una década un laboratorio privilegiado de trabajo y reflexión personal, sanitaria y política.

Casi de la noche a la mañana mi cuerpo tomó un protagonismo total y se hizo desmesuradamente visible, para mí y para el resto, sufriendo un proceso de hiperobjetivación absoluta, y convirtiéndose en el prisma a partir del cual yo misma y los demás valorábamos lo que me iba ocurriendo. Mi “estar en el mundo”, mi “existir en el cuerpo”, se redujo a lo visible, al cuerpo externo¹¹, al cuerpo visto¹². No importaba lo que yo vivía o percibía al margen de mi aspecto, importaba la no adecuación al ideal social. Durante muchos años tuve un fuerte sentimiento de víctima: por lo que me pasaba y el rechazo social que comportaba, porque como apuntaba anteriormente, lo feo, lo deforme, es lo otro por antonomasia (Chapkis, 1988). Víctima también del silencio y el aislamiento: los mil y un discursos sobre el peso, el cuerpo y la imagen, de expertos y no expertos, ocupan gran parte del tiempo y del espacio social en Occidente; pero son, por lo general, mecánicos, repetitivos, estereotipados hasta la saciedad¹³. Preocupan los kilos que se ganan o se pierden, los cuerpos fir-

¹⁰ Estos centros, impulsados en casi todos los casos por grupos feministas, surgieron en el contexto del postfranquismo en vinculación estrecha con el movimiento de salud pública y otros movimientos de izquierda, teniendo una actividad y una proyección social muy significativas en lugares como Catalunya, Madrid y Euskal Herria.

¹¹ Utilizo esta expresión para referirme a la imagen corporal y todo lo que la rodea, en contraposición al cuerpo ‘interno’, que se ha relacionado en las mujeres sobre todo con lo reproductivo. Para las relaciones entre uno y otro, y también los riesgos implícitos en esta diferenciación, véase Esteban (2000).

¹² Agradezco a Rosa Medina el haberme llamado la atención sobre esta noción de cuerpo ‘visto’, que no es exactamente igual a la de cuerpo externo, que es la que habitualmente he utilizado. Ella me ha alertado sobre el riesgo de reducir excesivamente mi análisis, al no tener en cuenta otras dimensiones de la identidad y vivencia corporal más allá de lo visible.

Agradezco también todas las sugerencias y comentarios al primer borrador hechas por Beatriz Moral, Carmen Díez, Edorta Arana, Iban Ayesta, Luisa Etxenike y Raquel Santiso.

¹³ A pesar de todo, de vez en cuando se producen pequeños cambios cualitativos, como fue el debate sobre las tallas y la industria de la moda y el diseño que surgió en el Estado Español hace un par de años, después de que unas modelos y exmodelos de pasarela denunciaran las restricciones y exigencias que padecen en su trabajo en cuanto al peso y la talla exigidos. Queja que se unió a la de distintas asociaciones relacionadas con la anorexia por la influencia que diseñadores, editores de moda y publicistas ejercen en los modelos sociales acerca del cuerpo. A raíz de esto se creó una comisión en el Senado que se encargó de redactar una Ponencia desde la que se intentaron algunos acuerdos con empresas textiles y diseñadores de moda sobre distintos criterios a aplicar. La única



mes, sin protuberancias (Bordo, 1990). Preocupa el fracaso o éxito social que ello comporta. Nada más. Además, el hecho de que engordar y adelgazar no sea una enfermedad grave y no haya surgido mucho asociacionismo ni práctica regulada de autoayuda, salvo para los casos límite, hace que no sea fácil encontrar escucha real, amparo¹⁴.

¿Qué papel estaba teniendo en todo esto mi familia? Creo que un elemento fundamental es que he sido socializada en un entorno de clase media y padres dedicados a la enseñanza. Como el resto de maestros de su generación, mis padres habían vivido durante el franquismo un estatus profesional un tanto complejo, con una mezcla de prestigio social, sobre todo en el ámbito rural, y un nivel socioeconómico más bien precario, que fue mejorando bastante con el tiempo. Y con una percepción sobredimensionada de su responsabilidad como educadores, como mantenedores del orden social. La mía es una familia donde siempre se ha privilegiado lo intelectual sobre lo carnal, y en esta priorización no ha importado nada el sexo de las hijas (no he tenido hermanos). Es por tanto la omisión, el silencio sobre lo sexual, característicos de un momento histórico determinado del Estado Español pero también de un entorno de clase concreto, lo que destacaría de mi propio ambiente familiar. Algo que no favorece de entrada una buena vivencia de lo corporal. Pero unido todo ello a una neutralidad de género que ha tenido dimensiones positivas y negativas: positivas en cuanto que he sido formada en una androginia mental e intelectual, que valoro mucho; negativas en cuanto a que tuve que desaprender y aprender por mi cuenta bastantes cuestiones relativas a la gestión de lo emocional, de lo corporal, de lo femenino. Ser consciente de la especificidad de mi propia ubicación familiar y social me ha ayudado también a tener siempre presente que los mandatos culturales acerca del cuerpo hay que analizarlos en sus contextos históricos y geográficos, en el nivel micro de la experiencia, pero también en el nivel de los macroprocesos sociales, políticos y económicos.

noticia que tengo sobre el balance de esta campaña es que, este mes de febrero, en torno a la Pasarela Cibeles de Madrid, una asociación denominada *Anoréxicas* ha denunciado nuevamente el incumplimiento de uno de los acuerdos, en concreto, el que se refería a que la talla estándar de las modelos fuera como mínimo la 40, y no la 38, como ha sido hasta ahora.

¹⁴ De todas formas, en algunos lugares del Estado Español, como Zaragoza, existen asociaciones de comedores/as compulsivos/as muy en la onda de la filosofía norteamericana de la autoayuda.



La parte negativa de este itinerario personal ha sido el sufrimiento que experimenté durante muchos años, la sensación de haberme equivocado, no sólo como mujer sino como ser humano, en algo que además no era capaz de ver pero que intuía definitivo. De haberme abandonado, de estar en peligro, porque así se ve en nuestra cultura el descontrol. Negativas y positivas al mismo tiempo han sido también las dosis de resentimiento¹⁵ que fui acumulando, un resentimiento general contra todos los que diariamente me recordaban mi “error” o hablaban de los errores ajenos, y contra el sistema social en su conjunto. Pero con dianas particulares: una muy concreta, mis colegas sanitarios, que le otorgan diariamente al sobrepeso un lugar absolutamente desproporcionado en su actividad profesional. La clase médica, como apuntaba anteriormente, suele mostrarse totalmente ajena a otras cuestiones corporales, incluso estéticas, que a veces condicionan radicalmente la salud de sus pacientes; y además no tienen en cuenta elementos positivos y alternativos que subyacen a esas “otras corporalidades”. Su enculturación en un modelo médico y social “en posesión de la Verdad”, y que actúa a modo de “rodillo” en el día a día, les impide tomar la distancia adecuada, les obstaculiza radicalmente la escucha.

Otro objeto específico de resentimiento lo han sido mis compañeras de feminismo (con muchas y valiosas excepciones), que se suelen quedar en la “apariencia” de este tema y muestran dificultades importantes para aplicar aquí los mismos criterios que se utilizan en cuestiones tanto o más determinantes, como la maternidad o el trabajo. Un movimiento que, por otra parte, supo emplear muy bien el aspecto físico como arma política e instrumento de identidad alternativa y contracultural, sobre todo en los años setenta y ochenta. Ser parte de la misma familia me ha permitido ver de cerca las contradicciones personales y colectivas, lo cual no me ha dejado siempre buen gusto. Ha habido una dimensión positiva en todo ello: la necesidad imperiosa de entender por qué ocurría así, la obligación de pensar y dar mil

¹⁵ Juan José Millás en un artículo aparecido en el diario *El País* en la segunda quincena de agosto de 2000, comentaba que cuando se le acerca gente joven para preguntarle sobre los requisitos para escribir cuentos o novelas, él les comenta que la creación literaria necesita de las pasiones y, entre otras cosas, del resentimiento, específicamente dirigido o general. La lectura de este artículo fue reveladora para mi caso, y me sugirió además la idea de que probablemente el trabajo de investigación, y concretamente una buena autoetnografía, pueda tener también en el resentimiento un buen punto de partida.

Una versión “menos pasional”, más intelectual de este resentimiento, podría ser lo que Celia Amorós denomina el “referente polémico”, un concepto que según ella deberíamos tener presente cuando leemos una obra, planteándonos el interrogante de “contra qué” está escribiendo el/la autor/a.



vueltas a lo mismo hasta encontrar alguna luz. Otro aspecto positivo ha sido la oportunidad de perfeccionar la capacidad de mirar, de mirarme a mí misma y de mirar a los demás, el entrenamiento “obligado”, que ha sido un aprendizaje útil de cara a la investigación en sí.

En otro orden de cosas, algunas referencias teóricas y bibliográficas fueron totalmente reparadoras en lo personal y muy estimulantes en lo intelectual. Destacaría tres: el libro de Susie Orbach, *Tu cuerpo, tú misma* (1987)¹⁶, que se encuadra en una experiencia de terapia con mujeres con problemas de peso. Orbach plantea una cuestión que para mí fue totalmente novedosa y sugerente: la relación de la gordura con otras facetas de la vida más allá de la ingesta y del placer de comer, y los beneficios de un cuerpo no reconocido socialmente. Un cuerpo que, precisamente por su a-normalidad, puede procurar distancia y refugio frente a imperativos culturales de belleza, estética y sexualidad, que tienen peajes importantes, sobre todo para las mujeres. Es un libro sobre el que he vuelto muchas veces y que guardo en mi memoria en el archivo de lecturas claves. Otra referencia teórica fundamental fue el artículo de Janet Polivy y Linda Thomsen, “Los regímenes y otros trastornos de la alimentación” (1992), que advierte del peligro físico y psicológico de las dietas, sobre todo cuando éstas se convierten en algo cotidiano y constante, como es lo habitual. Su lectura me llevó a convertirme en detractora acérrima de las dietas y el control de la alimentación, postura que luego he ido matizando. Por último, muy aportador también fue el planteamiento teórico de Susan Bordo (1990) sobre la regulación del cuerpo en Occidente. Bordo explica muy bien cómo funciona en nuestra sociedad un doble y aparentemente contradictorio principio de incitación al consumo y de sobrevaloración del autocontrol. Hace además un diagnóstico muy atinado de las implicaciones del género en el mundo de la publicidad, moda y medios de comunicación, teniendo siempre en cuenta los cambios ocurridos para hombres y mujeres.

2 ALGUNAS CONCLUSIONES A PARTIR DE MÍ MISMA

Han pasado más de veinte años desde que se inició esta experiencia, y miro atrás con serenidad y satisfacción. Los síntomas y malestares más importantes han desaparecido, aunque van apareciendo otros nuevos, sobre todo a medida que

¹⁶ Ver también de esta autora: (1978,1980).



envejezco. Creo que cada vez más percibo mi experiencia respecto al cuerpo como una gestión de mi propia vida, alternando y combinando significados y técnicas muy distintos. Algo muy importante ha sido haber descubierto y valorado en mí el “poder de lo físico”¹⁷, un poder marcado en la práctica a veces por el género, pero otras muchas totalmente neutro. El comprender que mi imagen no era algo que se añadía a mi capacidad de raciocinio, sino que una y otra eran uno, y que el aspecto externo podía ser el centro cuando lo deseara sin que “lo otro” sufriera ninguna minusvalía. Que siempre se trataba de mí misma.

El argumento general, por tanto, ha sido la construcción de mi propio yo como adulta, que me llevó mucho después a convertir el tema de la imagen en objeto de estudio antropológico. Un proceso con muy diferentes fases, contenidos y preguntas. Por ejemplo, una temporada larga fui vegetariana, lo que me ayudó a asumir mi cuerpo de una manera más autónoma, y a afianzarme en una visión crítica del sistema médico oficial. Aunque luego me di cuenta de que el naturismo cumple también las principales características de nuestra cultura en relación al cuerpo: contribuye a esa hiperobjetivación del propio cuerpo a la que me he referido anteriormente, y comparte esa doble filosofía de incitación al consumo, por una parte, y a la disciplina, por otra. Es decir, que no es más que otra versión de la regulación occidental de la vida a través de lo corporal.

Recientemente fue significativa en lo personal la experiencia de estar un tiempo en León (España) con aspirantes a modelos, todas ellas muy jóvenes y muy dependientes de su interacción con los varones (algo que a su edad había estado bastante ausente de mi vida), pero con muchas ganas de encontrar su sitio como iguales en la sociedad. Experiencia que me obligó a reflexionar sobre la juventud, la imagen, el ser mujer y hombre, la feminidad, masculinidad y neutralidad sexual, y en lo que a mí concernía, mi apariencia, y mis deseos y/o mis dificultades para el exhibicionismo y en definitiva para la seducción y la interacción con los otros. Tuve la oportunidad además de ensayar papeles, habilidades e imágenes diferentes, en una

¹⁷ Tomo esta expresión del escritor Manuel Puig, ya fallecido. La utilizó en una entrevista que la escritora y periodista Rosa Montero le hizo en 1988. Montero le preguntaba si le daba miedo envejecer y él le respondió contándole que fue consciente del fin de su juventud cuando, al cambiarle el cuerpo, encorvarse y perder el pelo, constató la pérdida de su ‘poder físico’. Véase el artículo “Pasión por entender” (2000), de esta autora, donde ella rememora las entrevistas y entrevistados que más le han impactado.



ciudad en la que nadie me conocía, lo cual fue entre otras cosas bastante divertido. Y la posibilidad también de “tocar” un mundo empresarial y comercial muy amplio, donde las modelos son un elemento más, aunque a veces el más visible: un entramado con protagonistas masculinos y femeninos, individuales y colectivos, múltiples y diferentes, que tienen diferentes responsabilidades en el mantenimiento de una determinada cultura del cuerpo.

Por citar una anécdota que me pareció muy significativa, las chicas que participaban en los distintos concursos de misses o de modelos que hubo en aquel periodo en León, me comentaban que en las entrevistas que se les hacía se les preguntaba sobre los comercios de moda que ellas más apreciaban en la ciudad. Parece que las respuestas a este tipo de preguntas tenían una influencia importante en la posición final de la candidata, por lo cual ellas las preparaban minuciosamente. Este hecho, junto a bastantes otros, me hicieron darme cuenta en la práctica de que no es sólo una ideología de género la que se pone en juego en el tema de la imagen, sino una ideología mucho más amplia, donde se afirma un determinado modelo de lo político, de lo económico, y donde el género habla de un sistema social en su conjunto.

No podría decir que en mi caso la investigación haya sido exactamente una forma de terapia, aunque es seguro que ha sido “curativa”, pero sí quizá una forma de redención o expiación¹⁸. Pero algo claro es que la elaboración y la reconstrucción de mi propio proceso han encontrado su proyección final en el trabajo antropológico. En mí he visto perfectamente reflejados, aunque haya sido a un nivel muy primario, algunos de los dilemas actuales del análisis del cuerpo. Ahora, a posteriori, puedo ubicar con facilidad y re-construir en mí ese “cuerpo postestructuralista”, que Terence Turner define como “abstracto, singular, intrínsecamente autoexistente y socialmente desconectado, individual” (1994:46), y que se asocia a una conducta social, una identidad personal y un significado cultural pasivamente determinados (descor-

¹⁸ Ernesto de Martino, subrayando el cambio que supone el libro *Tristes Tropiques* de C. Lévi-Strauss, hace en la introducción de su libro *La tierra del remordimiento* (1999) una reflexión muy interesante sobre las pasiones que subyacen al trabajo etnográfico. La siguiente cita me parece muy ilustrativa de un proceso autoetnográfico como el que estoy defendiendo: “En el viaje etnográfico no se trata de abandonar el mundo del que nos sentimos rechazados para volver a ganarlo mediante una regeneración mítica, sino de tomar conciencia de ciertas limitaciones humanistas de nuestra propia civilización; es un estímulo para ir ‘más allá’, no de lo humano en general, sino de nuestra propia humanidad circunscrita, ‘cuestionada’ por una determinada coyuntura histórica” (*ibidem*:19).



poralizados) por discursos autorizados de poder (*ibidem*). Pero, simultáneamente, el feminismo me ha enculturado en la vivencia de un cuerpo subjetivo y objetivo a la vez, lleno de significado, material, personal y social, un agente que ha recibido y ha producido discursos (*ibidem*).

Si esto lo percibo y lo experimento yo, ¿por qué no pensar que en las otras, incluso en las que más “se exponen”, en las que “se arriesgan corporalmente” (modelos, prostitutas...), se dan los mismos contenidos, las mismas contradicciones y tensiones, o parientes de éstas? ¿Por qué no partir de la idea de que profundizar en ellos es uno de los quids del estudio antropológico del cuerpo, porque nos lleva a entender y poder cambiar nuestra cultura? Subraya el mismo Turner que el cuerpo en la sociedad capitalista contemporánea es el lugar de la desigualdad social, pero también del empoderamiento (1994). Y creo que, como en mí, en otras muchas mujeres (y hombres) están en lucha esos dos componentes, que son mucho más fáciles de teorizar que de identificar y de analizar en lo concreto. Nos inquieta mucho la dificultad analítica que entraña esa tensión, pero nos incomoda todavía más que no seamos capaces de adivinar qué resultado futuro se derivará de dicha contienda. Es necesario comprobar en la práctica, por tanto, lo que supone que mujeres y hombres sean agentes sociales y de su propia vida a través de su cuerpo¹⁹. Y esto implica enfoques analíticos alternativos²⁰.

Estoy abogando por dejar a un lado los análisis antropológicos excesivamente lineales, indagando mucho más en la complejidad de los procesos y en la variedad de los contextos y experiencias. La antropología puede ofrecer una gran ayuda para entender y abordar mejor situaciones en las que se dan además niveles importantes de sufrimiento social, a partir de estudios que descubran todos los factores culturales, sociales y políticos, de distinto alcance que intervienen en una situación determinada. Me parece necesario también un replanteamiento de la consideración antropológica de la diversidad cultural. Siempre que hablamos del cuerpo o de la

¹⁹ El concepto de *agency*, también de difícil traducción al castellano, que surge dentro de esta consideración de los sujetos como agentes sociales, tiene junto a la llamada teoría de la “práctica”, de la acción social como seguimiento pero también como contestación y resistencia frente a los ideales culturales, un lugar preferente en la antropología feminista actual.

²⁰ Un enfoque interesante es el utilizado por Teresa del Valle en su artículo “La memoria del cuerpo” (1997), centrado en la vida de dos mujeres. En el mismo, del Valle analiza muy bien las interrelaciones entre dimensiones de la experiencia como la enfermedad y la maternidad, donde lo corporal tiene una proyección específica, y la reconstrucción de la propia memoria por parte de las dos mujeres.



imagen, uniformizamos en exceso nuestra cultura (Becker, 1994), y por tanto es obligado cuando menos citar expresamente a qué colectivos nos referimos y diferenciar entre el nivel ideal y real de la experiencia. Me parece excesiva también la diferenciación que se establece entre unas culturas y otras. Es verdad que las relaciones entre el yo y el cuerpo no son las mismas en las diferentes sociedades, y que en Occidente se da una individuación del yo y por tanto de la experiencia corporal que no se encuentra en otros contextos. Pero precisamente las nuevas teorizaciones acerca del cuerpo insisten en la necesidad de complejizar y diversificar la visión dominante sobre la construcción de la identidad y los procesos de individuación y personificación. Esto nos debería llevar a matizar más los análisis concretos y a estar más atentos a los cambios históricos y a la variabilidad interna de cada grupo social.

El posicionamiento que he mantenido no siempre ha encontrado eco en los distintos entornos en los que me muevo. Lo más controvertido ha sido y seguirá siendo la defensa de que en el mundo de la exhibición del cuerpo, en concreto en la profesión de modelo, hay componentes ambiguos y complejos, positivos y negativos, y también de cambio para las mujeres²¹. En mi opinión, tanto desde las ciencias sociales como desde el feminismo se tiende a hacer un análisis restringido de la imagen y el género, lo cual no permite ver todos los significados y contenidos asociados a la misma. Las modelos representan un ideal físico, pero también un carácter social, y las llamadas top-models son en estos momentos un paradigma de autonomía, éxito social y poder económico (valores tradicionalmente ligados a lo masculino) en un modelo político y económico determinado (Soley, 1995). Aunque sean mujeres y aunque dicha autonomía y dicho éxito vengan a partir del uso de su cuerpo. Por tanto, el modelaje es una referencia fundamental a la hora de analizar críticamente los nuevos modelos sobre trabajo y movilidad social²² para las mujeres.

Estoy en contra de hacer lecturas victimistas de la experiencia femenina respecto a la imagen, que impiden ver a las mujeres como agentes sociales. Y creo que es preciso hacer una revisión profunda de algunas cuestiones, como la contra-

²¹ Me estoy refiriendo, claro está, a una determinada manera de exhibir el cuerpo, de utilizarlo en la interacción social, que no sería exactamente la misma que la que se da en fenómenos como el nudismo, o el deporte, por citar otros dos casos. Sin embargo, considero que la diferenciación de ámbitos y formas de exhibición del cuerpo no debería ir en contra de análisis conjuntos de los cuerpos "expuestos", y que la compartimentalización no ayuda mucho a encontrar claves y contenidos nuevos.

²² Utilizo la expresión de Soley (1995:22).



dicción social entre belleza e inteligencia, o la utilización de la seducción en el ámbito público/laboral, lo que suele denominarse malintencionada y equívocamente “armas de mujer”, que es descalificado de entrada y que contribuye, en mi opinión, a la desconsideración social de las mujeres. Soy perfectamente consciente de lo resbaladizo de mis argumentos y de la necesidad de matizar y profundizar más en ellos. Pero, nunca he estado más segura de lo que digo, porque hay algo de mí misma que se rebela contra la simplificación, contra la victimización, y me empuja a ir más allá.

Algo que me interesa especialmente es la influencia que las ciencias sociales tienen a la hora de normativizar las conductas o de homogeneizar la cultura, algo que queda mucho más de manifiesto cuando hablamos de ciencias como la biomedicina, o de tiempos antropológicos como los de la expansión del colonialismo, pero que se nos borra a medida que nos acercamos al día de hoy. A pesar de que la antropología o las ciencias sociales que se ocupan del cuerpo parecen estar teniendo en la actualidad un papel crítico y desenmascarador, estoy convencida de que siguen teniendo una influencia sobre las conductas y los discursos, una influencia totalmente coherente con un sistema ideológico del que forman parte y al que sirven. En este sentido, me preocupa por ejemplo que desde la antropología sigamos dividiendo muchas veces a la humanidad entre nosotros, antrópologos, intelectuales o feministas, por un lado, y resto, por otro. Entre nosotros, sujetos, y los otros, víctimas. Me preocupa, porque todos estamos en ese “resto”, aunque las condiciones de partida y de vida sean muy diferentes. Y ahí veo yo la necesidad de la mirada crítica, pero también de la autorreflexión. Por ejemplo, sería interesante analizar la importancia de la apariencia, del cuerpo visto, en la vida académica o científica: cuáles son los perfiles físicos que se potencian, cómo se da en nuestro entorno la regulación de los cuerpos y de la imagen, como se construye lo normal y lo anormal, y qué tiene que ver esto con otros requisitos de pertenencia al grupo, de autolegitimación social. Una definición limitante, estrecha, “por encima del bien y del mal”, de la otredad condiciona la tarea antropológica. Hablar de y desde una/o misma/o, partir de la propia experiencia, de las propias contradicciones, conflictos y placeres, no despojarse del propio cuerpo, ni censurarlo, es una condición intrínseca a esta tarea.



Tal y como yo lo veo, no sería más que ir desarrollando una dimensión de la antropología, minoritaria y periférica: la autoantropología o antropología a partir de uno/a mismo/a, que no es más que una forma radical de antropología en casa²³. Una práctica que ha estado y sigue estando rodeada de controversia, precisamente por el replanteamiento activo de principios metodológicos claves en el positivismo predominante anteriormente, como el estatus dado a la objetividad o la distancia entre investigador y objeto de investigación. Y que sirve, por tanto, para validar otras formas de expresión y acercamiento a la realidad social, y reconoce el valor de lo personal, lo subjetivo, en la práctica científica o académica, sin descomprometer la tarea antropológica²⁴. Lo que supone para algunos una auténtica amenaza epistemológica (Hernández, 1999).

3 AUTOETNOGRAFÍA Y ANTROPOLOGÍA DE LA MEDICINA

Precisamente la antropología de la medicina, marco de este congreso, es un campo propicio, un contexto de emergencia de la autoetnografía, aunque sean pocos los que han relatado sus vivencias en el mundo de la enfermedad²⁵. En general, los/as que lo han hecho son supervivientes a procesos graves de cáncer o discapacitaciones por accidentes o enfermedades de distinto tipo, que les han obligado a abrir un paréntesis en sus vidas²⁶. Paralela o posteriormente, retoman esta experiencia y hacen un análisis de la misma que suele partir, entre otros objetivos, de una

²³ Esta inclusión de lo "auto" en la elaboración teórica no es exclusiva de la antropología, sino que afecta a todas las ciencias sociales, desde que el postmodernismo y el feminismo llamaron la atención sobre ello en las últimas décadas del siglo XX (Hernández, 1999). El feminismo, por ejemplo, hizo de los llamados grupos de autoconciencia una de las bases de su actividad teórica y práctica (ver Esteban, 1993 y 1996).

²⁴ En este sentido, Hernández (1999) subraya que la autoetnografía supone un doble compromiso: con la propia cultura y con la comunidad científica y académica, observando y analizando las implicaciones derivadas de esta actividad simultánea. Así y todo, algo que no juega a favor de esta forma de antropología es que se ha dado un desarrollo mayor de prácticas y etnografías concretas que de elaboraciones teóricas, lo cual resta "fuerza científica" a la misma.

²⁵ Véanse, por ejemplo, las referencias incluidas en Capitán (1999). Algunos casos citados por esta autora son: el de Robert Murphy (1987), centrado en su paraplejia – tetraplejia; el de Susan DiGiacomo (1992), que ha trabajado sobre su experiencia como enferma de linfoma de Hodcking; el de Oliver Sacks (1994), en torno a la parálisis de una de sus piernas; o el de Marta Allué (1996), citado anteriormente.

²⁶ Otros estudios de corte autoetnográfico, no tan específicos de la antropología de la medicina pero próximos a ella, y que se basan también en experiencias de malestar intensos, son los realizados por algunas mujeres que han sufrido violación sexual y que luego han analizado su experiencia. Véase por ejemplo, Winkler (1994).



búsqueda de legitimación, así como de una necesidad de entender, de reinscribir en su biografía lo sucedido, y que muchas veces les enfrenta a debates, perspectivas e incluso colegas de la propia especialidad.

En todos estos trabajos se desdibujan los límites entre investigador y objeto de estudio, entre sujeto que reflexiona y sistematiza y sujeto paciente, entre percepción, vivencia, emoción y elaboración. Los sentimientos y el dolor impregnan la narración y son el hilo para la explicación y la comprensión de múltiples aspectos, relativos tanto a la asistencia sanitaria y la relación con los profesionales, como a la vivencia de la enfermedad y la discapacidad. Pero más allá de su capacidad de conmover, impresiona el poder que tienen de transmitir y de reconstruir estados, situaciones, roles, vivencias, de una forma totalmente comprometida, séptica, intencionalmente no neutral. Porque lo que hace especiales a estas etnografías es sobre todo la capacidad reflexiva, de observación y autoobservación de sus autores/as, el detalle y finura de las interpretaciones, que no suele ir en contra de un análisis ponderado, autocrítico, relativista. Estas autoetnografías se alimentan y retroalimentan además de una dosis importante de pasión, de rebeldía, de resentimiento: contra el sistema sanitario, contra la disciplina, contra la sociedad, contra el destino. Una inmejorable condición de partida para la creación científica, como explicaba anteriormente. Son trabajos, en definitiva, que se quedan adheridos al lector, que le remiten a situaciones que aunque no hayan sido vividas, le obligan a implicarse, a pronunciarse frente a lo narrado.

La propia experiencia es fuente de conocimiento, pero es también un revulsivo, y esto es fundamental. Y su análisis es reivindicado como una estrategia única para llegar a contenidos e interpretaciones de la experiencia que serían inaccesibles de otra forma, y que tienen por tanto el riesgo de quedar excesivamente intelectualizados en otros estudios. Pero esto es algo que no siempre es bien acogido en la disciplina, hecho que en la mayoría de los casos ellos/as comentan o denuncian. Un elemento que aparece frecuentemente en los reproches que se les hacen es la supuesta insistencia en cuestiones excesivamente personalizadas, individualizadas, y el dejarse llevar por la emoción, o por la impronta de la experiencia. Detrás de esta actitud paternalista, sólo aparentemente generosa, sale a la luz una cuestión crucial para la disciplina: el sancionamiento que se hace sobre lo que es la interpretación concreta y correcta de los hechos, la moralización sobre lo que se puede y no se puede contar, que no es más que nuevamente una expresión del miedo al posible



descontrol que caracteriza nuestra cultura de una manera general, y que ha sido un eje muy importante en la construcción del pensamiento social y antropológico.

Los/as autores/as que se autoetnografían no aceptan los límites impuestos dentro de la profesión, los márgenes de la tarea investigadora ni del conocimiento, que sólo a primera vista parecen infinitos. No me refiero al condicionamiento lógico de los modelos teóricos, sino al autocontrol, al filtro que la disciplina va construyendo y legitimando, a pesar de las crisis, cambios y autocríticas, en un intento de seguir formando parte de esa red de expertos, de no perder el locus de poder, la autoridad dentro de la sociedad y dentro de la ciencia. No podemos olvidar que, a pesar de los cambios, seguimos dentro de un marco científico dominante desde mediados del siglo XIX que hizo una priorización de lo cuantificable, y que tiene una función social de estandarización, de normalización de las conductas. Unos principios metodológicos que afectan también a la antropología, que no ha hecho más que adaptarlos a su especificidad, haciendo como el resto una delimitación clara entre lo que es y no es científico. Es verdad que los márgenes de la sociedad están contemplados en el análisis antropológico, y que eso le confiere singularidad frente a otros, pero eso no impide que se construyan otros márgenes, otras anomalías, que son de más difícil incorporación y frente a los cuales se reacciona rápidamente. En la autoetnografía, informante e investigador en una misma persona reivindican su derecho a hablar hasta las últimas consecuencias. Y esto, cuando menos, suele resultar incómodo.

Como señala Donna Haraway (1995), toda observación, todo análisis está situado y es subjetivo, parcial, incompleto en sí mismo; pero al mismo tiempo real, privilegiado y necesario. Los relatos autoetnográficos tienen las mismas dosis de parcialidad que el resto, pero son absolutamente privilegiados e imprescindibles. Cuentan además con una ventaja que caracteriza a toda la autoantropología: por las condiciones adversas en las que surge y se desarrolla, y por las dificultades de legitimación de las que parte, suele ser más consciente de sus propias limitaciones que la disciplina en su conjunto. No se trata, sin embargo, de una mera reivindicación de la conveniencia del abordaje de la experiencia, sino de utilizar la propia experiencia como una forma de llegar a la dimensión cultural, pero también a la política y a la económica de los fenómenos estudiados, yendo y viniendo de lo local a lo global, de lo individual a lo colectivo.



La autoetnografía, la autoantropología, por tanto, son una buena manera de reformular viejos debates científicos y de plantear otros, de combatir enfermedades crónicas antropológicas o feministas, de enriquecer la teoría y la metodología, de hacer, en definitiva, una revisión y una crítica profundas de la disciplina y de las ciencias sociales en general. Un ejercicio privilegiado y necesario científicamente, porque permite la fusión de posiciones y ámbitos de lo humano que nos siguen pareciendo irreconciliables. Pero lo que las hace totalmente imprescindibles no son sólo sus resultados concretos, sus contribuciones metodológicas o epistemológicas, o su derecho a ser tenidas en cuenta, sino la legitimación del propio yo del/de la antropólogo/a, de su propia existencia, y por tanto la legitimación, la factibilidad de la disciplina en sí misma.

4 BIBLIOGRAFÍA

- Allué, Marta. (1996) *Perder la piel*. Barcelona: Seix Barral.
- Becker, Anne (1994) "Nurturing and negligence: working on others' bodies in Fiji", en Csordas, T.J. (ed.) *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 100-115.
- Benedict, Ruth (1974[1946]) *El crisantemo y la espada: patrones de la cultura japonesa*. Madrid: Alianza.
- Bordo, Susan (1990) "Reading the slender body", en Jacobus, M.; Fox Keller, E.; Shuttleworth, S. (ed.) *Body Politics. Women and the Discourses of Science*. New York & London: Routledge, pp. 83-112.
- Capitán Camañes, Anna (1999) *Ángeles rotos. Las imágenes culturales de los amputados y sus modelos de gestión social*. Tesis doctoral. Universitat de Barcelona, (inédita).
- Chapkis, Wendy (1988[1985]) *Beauty secrets. women and the Politics of Appearance*. London: The Women Press.
- Csordas, Thomas J. (ed.) (1994) *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Del Valle, Teresa (1997) "La memoria del cuerpo". *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, 4(1), 59-74.
- Del Valle, Teresa (1999) "Procesos de la memoria. Cronotopos genéricos", en Carrera Suárez, I.; Cid López, R.; Pedregal Rodríguez, A. (eds.) *Cambiando el conocimiento: universidad, sociedad y feminismo*. Oviedo: KRK ediciones, pp. 331-352.
- DiGiacomo, Susan (1992) "Metaphor as Illness: Postmodern Dilemmas in the Representation of Body, Mind and Disorder". *Medical Anthropology*, vol. 14, pp. 109-137.



- Esteban, Mari Luz (1993) *Actitudes y percepciones de las mujeres respecto a su salud reproductiva y sexual*. Tesis doctoral. Universitat de Barcelona, (microfichada).
- Esteban, Mari Luz (1996) "Relaciones entre feminismo y sistema médico-científico", en Ortiz, T.; Becerra, G. (eds.) *Mujeres de Ciencia. Mujer, Feminismo y Ciencias Naturales, Experimentales y Tecnológicas*. Granada: Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada (Colección Feminae), pp. 143-184.
- Esteban, Mari Luz (1997/98) "El cuidado de la imagen en los procesos vitales. Creatividad y miedo al descontrol". *Kobie. Antropología Cultural*, Nº VIII. Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia-Bizkaiko Foru Aldundia, pp. 27-54.
- Esteban, Mari Luz (2000) "Promoción social y exhibición del cuerpo", en del Valle, T. (ed.) *Perspectivas feministas desde la antropología social*, Barcelona, Ariel-Antropología, pp. 205-242.
- Esteban, Mari Luz (2001) "Embodied anthropology: anthropology from oneself". *AM-Revista della Società Italiana di Antropologia Medica* (Monográfico "Medical Anthropology and Anthropology", Octubre, pp. 173-189. Perugia
- Foucault, Michel (1987) *La historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI, (1ª edición castellano, 1977, Mexico).
- Foucault, Michel (1992[1977]) *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- García Selgas, Fernando (1994) "El cuerpo como base del sentido de la acción social", en Bañuelos Madera, C. (coord.) "Monográfico sobre Perspectivas en Sociología del Cuerpo", *REIS-Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Octubre-Diciembre, 68, pp. 41-83.
- Haraway, Donna J. (1995[1991]) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra (Feminismos).
- Hernández García, Jone Miren (1999) "Auto/biografía. Auto/etnografía. Auto/retrato", en Esteban, M.L.; Díez Mintegui, C. (coords.) *Antropología feminista: desafíos teóricos y metodológicos*. *Ankulegi-Revista de antropología social*, Número especial, Septiembre, pp. 53-62.
- Lyon, M.L.; Barbalet, J.M. (1994) "Society's body: emotion and the 'somatization' of social theory", en Csordas, T.J. (ed.) *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 48-66.
- Montero, Rosa (2000) "La pasión por entender". *El País Semanal*, Nº 1214, Domingo 2 de enero, pp. 36-40.
- Murphy, Robert F. (1987) *The Body Silent*. New York: Henry Holt.
- Orbach, Susie (1978) *Fat is a feminist issue-the antidiet guide to permanent weight loss*. New York: Paddington Press.
- Orbach, Susie (1980) "La obesidad: una perspectiva feminista", en Cardaci, D.; Alvaz, L. (eds.) *Mujer y medicina*. Xochimilco: Universidad Autónoma, pp. 19-30.



- Orbach, Susie (1987) *Tu cuerpo, tú misma*. Barcelona: Juan Granica.
- Orobitg, Gemma (1999) "El cuerpo como lenguaje. La posesión como lenguaje del género entre los Pumé de los Llanos de Apure (Venezuela), en Esteban, M.L.; Díez, C. (coords.) *Antropología feminista: Desafíos teóricos y metodológicos*. *Ankulegi-Revista de Antropología Social*, Número especial, septiembre, pp. 71-82.
- Polivy, Janet; Thomsen, Linda (1992[1988]) "Los regímenes y otros trastornos de la alimentación", en Blechman, E.A.; Brownell, K.D. *Medicina conductual de la mujer*. Barcelona: Martínez Roca, pp. 321-330.
- Sacks, Oliver (1994[1984]) *A Leg to Stand On*. New York: Harper Collins.
- Scheper-Hughes, Nancy; Lock, Margaret (1987) "The mindful body. A prolegomenon to future work in medical anthropology". *Medical Anthropology Quarterly*, 1:6-41.
- Soley, Patricia (1995) "High exposure: a study of modelling and the postmodern self". MA Honours in Cultural History. University of Aberdeen.
- Turner, Terence (1994) "Bodies and anti-bodies: flesh and fetish in contemporary social theory", en Csordas, T.J. (ed.) *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 27-47.
- Winkler, Cathy (with Kate Wininger) (1994) "Rape-trauma. Contexts of meaning", en Csordas, Thomas J. *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 248-268.

Protocolo para citar esta versión: Esteban, M. L., 2004, "Antropología encarnada. Antropología desde una misma", en Papeles del CEIC, nº 12, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/12.pdf>

Fecha de recepción del texto: **diciembre de 2003**

Fecha de evaluación del texto: **febrero de 2004**

Fecha de publicación del texto: **junio de 2004**

Este artículo es una traducción del publicado en inglés con el título de: "Embodied anthropology: Anthropology from oneself", en el número 11-12 de la revista *AM-Revista della Società Italiana di Antropologia Medica*. Monográfico "Medical Anthropology and Anthropology", Octubre 2001, pp. 173-189. Perugia